

a todas las mujeres que acuden a CIDHAL y quienes, obviamente, no llegan siempre con problemas ginecológicos.

Uno de nuestros propósitos fundamentales es conocerla a ella, las circunstancias en las que vive y, sobre todo, facilitarle el que se conozca a sí misma.

Por supuesto, siempre respondemos todo cuanto una paciente quiera saber de su enfermedad, y si hay algún problema cuya respuesta no conocemos, buscamos hasta encontrarla. De igual forma, tratamos de averiguar los obstáculos que existen para su curación, con el fin de que la propia mujer se encargue de eliminarlos. Después, ella tendrá la responsabilidad de decidir sobre cómo mejorar su salud.

Desde que tuvimos los llamados "talleres de au-

toayuda", hace ya cinco años, acostumbramos enseñar a las mujeres a saber ver su vagina, su cérvix, a conocer su presión arterial, saber palpase los pechos en busca de tumores. En fin, que no sea el médico o médica quienes la conozcan solamente, sino que ella misma aprenda cómo estar siempre al tanto de su salud.

En resumen, éste es el tipo de atención médica que damos en CIDHAL, tratando que sea lo mejor posible cada día, dándole importancia en ese instante al problema individual para que el bienestar de la mujer pueda trascender a la colectividad, compartiendo la responsabilidad en la cura, pero sabiendo que ambas partes están comprometidas y tienen que ayudarse para lograrlo por igual.



Foto de Graciela Iturbide.



TESTIMONIO

¿SEÑORA O SEÑORITA?*

Hace tiempo visité a un ginecólogo cuya secretaria, antes de preguntar el nombre, investigaba si una era señora o señorita. Respondí que señora y después di mi nombre.

—Angeles Mastretta ¿de qué? —preguntó la acuciosa mujer.

—De nada— le contesté con naturalidad.

—¿Cómo que de nada? Usted me dice que es señora y luego me dice que de nada. ¿De quién, entonces? No le entiendo.

—Ni yo a usted —dije, sabiendo lo que le sucedía y divertida con su extrañeza.

—Entonces, si no me entiende, es usted señorita —contestó, regalando a las pobres vírgenes la inefable calidad de idiotas.

—No. Ya le dije que soy señora, pero no soy de nadie. No soy pertenencia, no tengo etiqueta como las bolsas de viaje, ni sello ganadero como las vacas. No soy llavero con letra, ni cartera ni camisa de marca.

—¿Qué? —preguntó afirmándose que yo estaba loca.

—Que soy una mujer. Una persona con la intención de ser independiente y libre como se supone que son los hombres.

—Mire usted, yo no creo que el doctor alienda a ese tipo de mujeres— dijo, marcando el sustantivo hasta hacerlo un adjetivo que claramente quería decir putas.

—Entonces será mejor que me vaya. Su jefe no me inspira confianza y usted tampoco.

—Vaya usted, señora— contestó mordiendo el señora del que todavía no logro avergonzarme. Y me quedé sin ginecólogo.

* Testimonio de Angeles Mastretta.